

2.3)

5

TECA

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



BIBLIOTECA PÚBLICA
De Las Misiones

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

P O S A D A S

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

<i>La alegría del campo</i>	Agotado
<i>El amor fiel</i>	»

PROSA

<i>Misiones</i>	Agotado
<i>Problemas Sociales y Económicos de Misiones</i>	»
<i>Relatos Catamarqueños</i>	»
<i>La flecha invisible.</i>	
<i>Posadas.</i>	

FRANCISCO SUAITER MARTINEZ

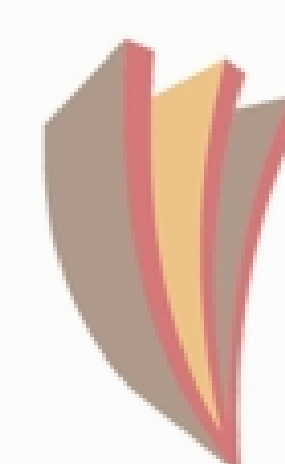
POSADAS

(1919 - 1932)



"EL ATENEO"

Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 — CORDOBA 2094
BUENOS AIRES



**ES PROPIEDAD DEL AUTOR.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY.**

A

ADELIA CARBALLO



Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

No sólo estamos donde está
nuestro cuerpo. Se vive también
y se actúa con las almas ligadas
a la nuestra por unión de amor.

ENRIQUE LARRETA.

EL RIO

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Todas las tardes vemos el río. Lo vemos cuando regresamos de la escuela por la calle Tucumán; lo vemos sin inconveniente porque la escuela se encuentra ubicada en la parte más alterosa de la ciudad. A veces está totalmente azul y nosotros nos forjamos la ilusión de que Posadas está al borde del Nilo, del cual la leyenda sostiene que aumenta su caudal con el llanto de una diosa.

El Paraná es un río manso; soporta con paciencia de filósofo el peso de los barcos y de las lanchas; trae sobre su lomo grandes jangadas de maderas argentinas y extranjeras; no es un límite natural como creen los geógrafos: es un puente; un puente para el intercambio del pensamiento y de la producción. Por él se cruza al Paraguay; por él se va al Brasil y brasileños y paraguayos llegan a Misiones utilizando este camino que anda, según el acertado simil de Pascal.

Para Posadas es una delicia. Esta ciudad que tiene un subsuelo fragoso, un subsuelo de cocina de hotel, goza de verano agradable merced a la brisa del río. Claro está que además de ser abanico el Paraná es fuente

de riqueza. Grandes y chicos viven de la pesca y de los trabajos de carga y de descarga del puerto; grandes y chicos de las operaciones que se derivan del intercambio con Encarnación. Si será normativo, que la Bajada Vieja es un producto suyo. Todavía el progreso humano siente la presión de su influencia. Es cierto, aquel aspecto típico de la Bajada Vieja va siendo modificado. Quince años antes, en la época de los *mensús*, de los conchabadores y de la *bailanta* del mariscal Rosales, este barrio tenía un sello característico. Casi toda la edificación era de madera; la iluminación de las habitaciones, a kerosene; las calles, sin luz después de medianoche; el terreno pedregoso, con serios peligros para el tránsito de los vehículos; la fronda, tentando al delito y a la corrupción.

Índice apreciable para el estudio de Posadas es este barrio de la Bajada Vieja, llevado a las letras hace algunos años. Aquellos escritores si realizaran una nueva excursión tendrían, forzosamente, que modificar el escenario; resultaría un viaje de redescubrimiento y con los apuntes de otrora y las observaciones de hoy, podía verse cuánto ha progresado esta ciudad. La topografía social, con sus baches y torrenteras, proporciona valiosos elementos para el estudio integral de un pueblo. Es más: la influencia del paisaje es muy importante desde el punto de vista sociológico. Donde la broza facilita la profusión de almácigo puede ubicarse el reinado de la indolencia; en cambio, donde el paisaje es hecho por el hombre, está diciendo a voces que el hombre

se enseñorea. Esto acontece con la costa del Paraná desde la Laguna de San José hasta Punta Gómez. A la primera población que dió un aspecto desdorado a la sociedad que se desarrollaba en sus inmediaciones, siguió la capa de un nuevo estrato. El Chaquito, otro foco de promiscuidad tribal, va siendo totalmente rehecho; al rancho de paja lo reemplaza la casita de tablas con techo de cinc; a la bocanada de humo pestilente del bebedor y al bostezo de las viejas aburridas, el rubor de los hijos que asisten a los últimos grados de la escuela primaria. Poco a poco irradia la ciudad; poco a poco sufren los alrededores un proceso de urbanización. El Chaquito y la Bajada Vieja fueron los últimos reductos del feudalismo; no estaban los siervos en la planta urbana; los siervos talaban el bosque; los siervos se llamaban los *mensús* que vivían en el Alto Paraná en lucha titánica, contra la barbarie del patrón y del medio.

Si no estaban en Posadas los siervos, residían, en cambio, los señores. Y ¡qué señores! Toda una gama de prepotentes: desde el millonario hasta el mercachifle. Pura edad media; crudo feudalismo; gargantas listas para el dogal; revólveres ávidos de blancos humanos. Un soplo bárbaro, una invasión vertical de las que ha estudiado Rathenau, dejaron en Misiones páginas pintorescas y hondas tragedias.

Pero no es de aquel río la glosa para esta ciudad promesa. Aquel río es un signo del tiempo pasado que esta vez —única vez— rectifica el concepto de Man-

rique. Sí, querido poeta, aquel tiempo pasado fué peor. Y la glosa no es de aquel río porque Posadas no es aquella; de aquella ciudad quedan testimonios en las crónicas y en los anales judiciales. El puerto es actualmente muy distinto; el “perfil jurídico del Estado” anuló “módulos caóticos” innecesarios para su crecimiento. Coartada la espontaneidad, la vida tuvo que ajustarse a la redecilla de la nueva fórmula y la vida adoptó, de inmediato, el nuevo patrón; la cultura comenzó a rellenar los huecos y aquel detrito social, fué cediendo lugar a las nuevas exigencias de la hora.

*

* *

Marco de tragedia fué el Paraná; todavía el derecho no era una conquista y la legislación social hacía pinitos. Todavía la ley era mueca de mascarón o pelele que asustaba a los gorriones. En aquellos feudos el barco-hombre estaba dirigido por los impulsos. Si el capataz era un alma de Dios, los obreros podían contar con el saldo de sus haberes. Si les tocaba un Judas era mejor trabajar por la comida. Para qué se iba a solicitar ajustes en las libretas, si el “debe” y el “haber” eran manejados, *manu militare*, desde el escritorio del patrón? Por lo menos se vivía; por lo menos se estaba seguro de regresar a Posadas. En cambio, si se solicitaba arreglo de cuentas, las relaciones de tan tirantes quedaban rotas. Y rotas con graves perjuicios para los trabajadores. Ni en la ciudad, ni en el Alto Paraná, el hilo

se cortaba de otro modo. Como siempre, la rotura se efectuaba por lo más delgado.

Bien, pero la vida no es tragedia ni comedia. Lo trágico y lo cómico son ingredientes de la vida; de esa mezcla surge el dramatismo de nuestros actos. Que hubo mucho de trágico en la mezcla no podemos negarlo. Casi las tres cuartas partes del total constituíalo aquel elemento. Hombres, mujeres, niños, padecieron hambre y miseria en los infiernos madereros. En uno de nuestros libros señalamos estos males. Ahora sólo nos sirven de apoyo, de cimiento, de sostén. Aquellas lágrimas tuvieron una virtud maravillosa. Por algo, en la pampa de granito, se regó con el llanto de un niño la plantita recién nacida. El precio de la dicha de hoy fueron aquellos dolores. Aquel río de las tragedias, de los *mensús*, del comercio clandestino, sirve ahora de otra manera. Vedlo en este hermoso amanecer primaveral: recibe la visita de un grupo de gente moza. Son veinte o treinta jóvenes que viajan; van a San Ignacio; llevan una mañana de septiembre en cada corazón. Sólo se oyen diálogos hermosos. Una mano de mujer escribe no sé qué palabras en el agua. El joven que está a su lado inquiriere datos; está celoso de las caricias recibidas. Aquellos dedos, besados por la linfa; aquella sombra del brazo —casi un cuello de cisne— viajera como la sombra de un nuevo iniciado y él, como Pedro, dudando.

Vedlo de noche beber estrellas y constelaciones; Venus penetra desnuda en su lecho. Una diosa bañándose no haría el mismo efecto. La noche es tibia, la noche es

dulce; un ser fantástico aparece en Pacú Cua. Comienza a alejarse de la costa; tiene ojos de luz en la frente y en ambos costados; produce un oleaje terrible a su vera. ¿Qué es? ¿Qué trae? Y no es el Ut-Pora y no es un ser mítico. Ahora se dirige a la otra costa; se retira del río, penetra en la laguna de San José; el ruido disminuye: el fantasma se duerme mecido por las olas y arrullado por las ranas.

*

* *

Camino que anda es el río. Por él llega el turista rumbo a las cataratas del Iguazú. Aquel vino de Egipto, de Palestina, de Grecia. Su sandalia recorrió tres continentes; su sandalia de peregrino transita por estas calles del puerto. Aquel vino de países añosos, casi inmovilizados por el peso de la ciencia antigua, del arte antiguo, de la antigua filosofía. Posadas es promesa; Posadas no es ni siquiera presente; Posadas es mañana. Nada ve en sus calles; nada ocultan sus casas. Rutas, proyectos, esquemas, diagramas, andamios, vale decir sueño que está por ser realidad; sueño que está haciéndose forma, cuerpo, institución.

Los ojos de aquel peregrino vieron pirámides, templos, ruinas sagradas; aquí no ven ni el ayer ni el hoy. Es así, pero si aquel peregrino observa detenidamente, surgirá ante sus ojos un no ser que está preñado de futuro. Eso es Posadas: un no ser "hoy" para ser un "mañana" venturoso. Por eso es ciudad promesa. ¿Sólo

por eso? No, por eso y por lo demás que no ve ni oye el peregrino, pero que intuyen y adivinan el artista y el aedo.

*

* *

Camino que anda. Sí, va por ese camino una esperanza. Es un muchacho que sueña con la gloria. Sentado en cubierta, lee o medita. Sus ojos encubren una lágrima: es un presentimiento, un estado anímico, una promesa. Aquel joven llega a Buenos Aires. Nadie lo espera; por regla general se espera a lo que es, no a lo que está por ser, a lo que será. Ningún pueblo tiene desarrollado el sentido de la profecía. A los pueblos les agrada celebrar las victorias. Nada saben de privaciones, de sinsabores, de zancadillas. Los pueblos aplauden al victorioso. Cómo conquistó el triunfo, no lo saben ni desean saberlo. Ese joven baja por la planchada, se mezcla a la multitud y oye que dicen: "es un predestinado". Y ¿quién lo dijo? Nadie lo ha dicho; ninguna boca articuló tales palabras. El las oyó, sin embargo. Sin embargo tales palabras fueron pronunciadas. ¿Pero por quién? Por nadie; aquellas voces fueron las notas del pájaro que Kabir ha descubierto que existe dentro de cada elegido. Las palabras fueron oídas como una predicción.

*

* *

Camino que anda. Sí: punto de partida y de llegada; es decir, la génesis de un pueblo.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

UNA CALLE

Para la etopeya tomamos la calle Félix de Azara. ¿Por qué elegimos ésta? ¿Acaso las disciplinas de este naturalista, son las de nuestra predilección? No; no nos gustan las geórgicas sino en las páginas aladas de los poetas. Mentiríamos si dijéramos que en los ratos de ocio gustamos de los trabajos agrícolas. ¿Cuántos, cuántos árboles fueron plantados por nuestras manos? Contemos: 1, 2, 3 . . . ¿Más? ¿Menos? Lo ignoramos: diríamos que muy pocos, descontados los puestos por fórmula en las festividades de la escuela.

Es cierto, queda mal hacer esta autopsia. Podíamos haber dicho que, como fray Luis, tenemos un huerto plantado por nosotros. Pero ¿a qué mentir?; ¿a qué utilizar embustes? El mundo requiere sinceridad, franqueza.

Es cierto, podíamos decir que de un tajo convertimos aquel mugrón en planta nueva. Preferimos, sin embargo, hablar con lealtad. Las únicas plantas que hicimos de un corte, fueron las que adquirimos con una hoja de la libreta de cheques. Si esta operación equivale a la del labriego, podemos, verdaderamente, afirmar que hicimos de un mugrón, una planta

¿Por qué elegimos, entonces, esta calle? A ciencia cierta no lo sabemos. Tal vez porque en esta calle vivimos por vez primera. En 1923 alquilamos una casa en esta calle; estuvimos cerca de tres años; luego nos trasladamos a Villa Gutierrez.

¿Cómo es esta calle? Quebrada; con algunas cuabras en buen estado y las demás en pésimas condiciones. Crúzala un hilo de agua a quien llamamos otra ironía líquida. Tiene casas hermosas y casas feas; zonas comerciales y zonas tranquilas; zonas de hacinamiento y de baldíos enormes; pedazos sin muros y pedazos con alambre tejido; hay jardines y bancales: hay silencio y bullicio de pregones; balcones y portoncitos; aceras embaldozadas y caminejos rojos. En dos palabras: un muestrario.

Por esta calle transitamos en los atardeceres cuando vamos a la plaza 9 de Julio. Por esta calle vamos siempre, porque es la calle en que vive un niño ciego que hunde en nuestro corazón la despiadada lanceta de su desgracia.

Nadie sabe lo que nos hace sufrir este niño. A veces lo oímos que canta; aquellas sílabas se desgranán con una mecanicidad trágica; son cuentas de vidrio; son padrenuestros y avemarías de un rosario de sílabas. Para nosotros, más que canto, es lamento. Y mientras el Señor pone en su boca la letra de algún tango, hunde en nosotros el ferrete rojo de la emoción lancinante.

No exageramos: nos hace sufrir demasiado este niño ciego. De vuelta al hogar decimos a la esposa: ¿no es

cierto que ve un poquito el nene? La señora, piadosa, nos responde que sí; que algo de luz beben aquellas retinas que viven una noche eterna. Sin embargo sabemos que no es cierto. ¡Cómo no vamos a saberlo, si el lenguaje del ciego es la tremolación típica del tanteo, de la inseguridad, de lo improbable!

EL YUNQUE DE SERENI

Desde el hogar sentimos el yunque de un obrero italiano. Bien temprano nos despierta el canto de este pájaro madrugero. En invierno, en las albas frías, canta lo mismo esta garganta milagrosa. No tiene jaula; el yunque está en un ángulo del corredor. Allí, este hijo de Italia, hermano de Benvenuto Cellini, da la justa medida y el justo espesor a una lámina de hierro. Sereni arregla bicicletas, calentadores, cerraduras, fonógrafos. Una mañana lluviosa llegamos hasta su Taller. Sereni habla un español con acento italiano. Pensamos en el Conde de Lemos y en Cervantes al escuchar su conversación. Luego bajamos de aquellas altas cimas para entrar de lleno en el trato familiar a este hombre de trabajo.

El yunque nos despierta: es nuestro reloj. Puntual, exacto, comienza su trabajo a las seis de la mañana. ¡Qué grata es su visita! Anchísimo campo abre a la emoción. Todos los yunques del mundo deben tener su glosador: el yunque es símbolo de filosofía, de negocios, de trabajo. Item más: motivo lírico.

No está en la calle de nuestra glosa; llega a ella por entre la fronda; llega en forma de hemistiquio, tal es su isocronismo.

Un sello original pone a la calle Félix de Azara el tañido del yunque. Ni la campana de la Escuela Normal, ni las campanas de la Iglesia, tienen tanto poder evocador. Comprendemos: en nuestra infancia fuimos aprendices de herrero en el obrador del negro Urbano. Allí, al lado suyo, en un yunque más grande que el de Sereni, hicimos herraduras, frenos acodados y argollas. ¡Qué hermoso era aquello! Y, sobre todo, ¡qué gran maestro era el negro Urbano! Jamás, ningún educador, puso mayor estímulo en nuestra niñez. Por supuesto que la belleza de las cosas estaba, por partes iguales, en el corazón del herrero y en el nuestro; sin duda, era así, pero el niño se llenaba de gozo y capitalizaba alegría para los salitrales de la vida adulta.

UN BANCAL Y UN JARDINCILLO

—¿Qué tal, Robustiano?

—Buen día, don Suaiter.

—¿Y la verdura?

—Mejor que el año pasado; el año pasado no repollaron los repollos; la tierra era pobre; casi todo el trabajo perdido.

Esto decía Robustiano Portillo, en cuclillas, mientras convertía en polvo una boñiga. Portillo es un mozo de 20 años; tiene sobre el labio un polvillo de car-

bón. ¿Cómo? ¿Carbón, sobre el labio? ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Robustiano Portillo tiene unos bigotitos cinescos o circenses.

—En cambio, ahora —repusimos— todo está muy lindo; parece usted más amigo de la tierra; parece que la tierra es su novia.

—Tanto como eso, no, don Suaiter. Pero, es claro; el año pasado era novicio; no entendía estas cosas; en la escuela nos enseñaban agricultura en el grado; las quintas que veíamos estaban colgadas en el pizarrón. Yo era hasta hace poco, chauffeur; el automóvil no tiene nada que ver con la agricultura.

—Tiene razón: pagó la chapetonada.

—Así es, don Suaiter. Y usted que es maestro, sabrá cuántos otros “escueleros” irán a seguir pagando chapetonadas.

—¿De quienes? ¿De los maestros que enseñamos a cultivar verdura sobre mosaicos, a hacer surcos con tizas y almácigos con jarabe de pico?

Robustiano Portillo nada dijo; bastaba, por cierto, con nuestra contrición; arrepentidos estábamos de tanto diálogo socrático que eran las clases de agricultura en la escuela primaria. Para abrir nuevo rumbo a la conversación. dijimos:

—Usted es un verdulero muy original; en su huerta hay repollos, acelgas, lechugas, rosas, claveles.

—De todo un poco; la suerte que no vió que también hay ortigas.

—Realmente, no habíamos notado.

—Sí, don Suaiter; hay ortigas porque no le dedico todo mi tiempo a la verdura. Usted sabe, yo era chauffeur y aquí cerca está el *garage* de don Ignacio. Allí paso horas enteras. ¡Qué Studebaker que da trabajo! Más tiempo se pierde en hacerlo arrancar que en llegar a Ojo de Agua.

—Y usted, entre hacerlo “arrancar” y conversar con los muchachos, se deja madrugar por las ortigas.

—Para que vea.

—Efectivamente; nosotros también estamos haciendo lo mismo: reparamos en una paja sin mirar la viga.

Robustiano Portillo se sonrió y al contraer los labios, el polvillo de carbón se hizo trizas como cuando una piedra pega en el vidrio de una ventana.

Al despedirnos del muchacho notamos que en el solar frontero, una moza contemplaba el jardincillo de Robustiano.

—¡Qué Studebaker que da trabajo!, murmuramos. Y pensamos que las ortigas crecían por algo más que el mal funcionamiento de las bujías o del carburador.

OTRA “IRONIA LIQUIDA”

Quebrada, dijimos, es la calle Félix de Azara. Este adjetivo puede aplicarse a casi todas las calles de la ciudad. Muy pocas veces ofrece Posadas la línea horizontal y esto, desde luego, influye en su belleza. Por cualquier calle que se transite se observa la curva de focos que pone en la noche un marco novedoso.

Crúzala un arroyo sin nombre; nadie lo ha bautizado; escapó esta torrentera —eso es en verdad— al apodo exacto de la niñez. ¡Ni siquiera los niños le han puesto nombre! Tampoco queremos dárselo ahora y nos contentamos con llamarlo con el mote que le puso Ortega y Gasset al Manzanares. “Ironía líquida” es para el filósofo, el río matritense. Este hilo de agua de la calle Félix de Azara, es otra “ironía líquida”. Es cierto, en invierno, algunos patos se dedican al arte piscatorio; también es cierto que los niños, rivales de Vito Dumas, echan al agua frágiles velas confeccionadas con hojas de cuaderno que muestran, como si fuera el del astillero, el nombre de la maestra, escrito en tinta roja.

Breve es el curso de este arroyo. Comparado con cualquier río de Bélgica resultan aquellos, Amazonas. Y ya es una ventaja para la hidrografía del gran país de área territorial tan reducida.

Sí, es corto el trazado, pero es de ver la utilidad que presta al mundo infantil del barrio. No hay peces; en cambio, las cuevas de ratas y de lagartos, proporcionan pasatiempos variados. Ejercitan aptitudes bélicas; unos están de centinelas con las ametralladoras listas para arrojar un guijo por segundo; otros —los del cuerpo de ingenieros— exploran las rutas de los roedores y reptiles. Estos están en 5° o 6° grados; aplican sus conocimientos de Geometría y de Ciencias Biológicas. Los que no ingresaron aún a las aulas son reclutas: sólo prestan servicios insignificantes. Medrosos, a la primera

descarga, si no echan cuerpo a tierra, aplican el precepto de: disparar, no es cobardía.

No es navegable efectivamente. Total: el Alto Uruguay tampoco lo es. ¿Qué no es navegable, afirmamos? Pero ¿en verdad no es navegable? Estuvimos equivocados: lo es. Por él van y vienen barcos cargados con sueños de niños. Por él vienen y van todas las construcciones de la inteligencia infantil. ¿No oímos acaso, que se gritaba: ¡10 pies, largos!; ¡4 brazas, escasas!

Es navegable y navegable de la mejor manera: para los sueños de los niños que son los futuros capitanes de los barcos de la Esperanza.

LA NOCHE Y LA SIESTA

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Llegamos a Posadas de noche. Las luces de la ciudad, vistas desde Lanús, se apagaron apenas hicimos las primeras cuadras. Entonces escaseaban los autos; entonces abundaban los coches. A la pendiente de la avenida Madariaga se la podía medir por el número de latigazos que daba a los jamelgos el despiadado cochero.

Posadas, en la semi oscuridad, era una ciudad sin fisonomía. La sombra, más o menos densa, indicaba los metros cúbicos de cada edificio. Vista así no daba la sensación de la capital que soñáramos conocer cuando vivíamos en el pueblecito de San Javier. Más que ciudad capital, era laberinto, o encrucijada.

El coche siguió rodando por la calle Córdoba. Minutos después inquirió el cochero:

—¿En qué hotel parás?

—En el París, respondimos.

La pregunta fué formulada como a viejo conocido; los cocheros de Catamarca, de La Rioja, no son lo mismo. Aquellos tratan de usted, éste de vos. Aquellos son silenciosos; éste tiene una táctica envidiable para acortar los expedientes de la amistad.

Llegamos. Llame, dijimos.

Abierta la puerta del zaguán, abonado el viaje, quedamos esperando el regreso del portero.

El zaguán del París Hotel —ahora se llama Hotel Internacional— era del tamaño de una habitación. Del techo colgaba una bombilla eléctrica que no prestaba utilidad en ese momento. Sobre una mesa, un farol Víctor hacía cuanto estaba a su alcance por impresionar bien al futuro cliente. Una luz colonial, penumbrosa, parpadeante; más que para iluminar el zaguán, servía para alumbrar su pedestal. Por los espacios sin tizne del tubo dejaba pasar la luz. No prestaba mayores servicios a los ojos, pero los pulmones pagaban los platos rotos de la espera.

—Dice que no hay pieza, informó el portero a su regreso.

—¡Por favor!— dile al dueño que habilite una pieza en cualquier parte. Yo no conozco la ciudad, soy un recién llegado.

El portero fué a ver nuevamente al dueño y trajo la misma respuesta.

—¿Qué hago?, dije al muchacho.

—Vaya al Hotel Misiones.

—¿Adónde queda?

—Tome la diagonal y de la esquina del turco Damus, camine media cuadra por la calle Félix Asara.

—¿Cuál es la calle Félix de Azara?

—La que pasa por la Gobernación.

—¿Pero no te dije que yo no conozco Posadas? ¿Có-

mo quieres que sepa dónde está ubicada la casa del turco Damus ni la Gobernación? Mira ¿por qué no me acompañas?

—Sí, pero... ¿y si sabe don Luis?

—¿Quién es don Luis?

—El dueño del hotel.

—¿No está acostado, acaso?

—Sí, pero...

—Toma, dije entregándole un billete de un peso. Apaga el farol, cierra la puerta y vamos.

*

* *

La una de la mañana. Acompañados por el portero del París Hotel nos dirigimos por una diagonal de la plaza 9 de Julio.

—¿Qué es esto?, inquirimos.

—Montones de serpentinas. Hasta “aurita” jugaron el carnaval.

—¿Y tú, no jugaste?

—Sí, yo también jugué; pero yo jugué adentro, con las mucamas. En la *vereda* no quería don Luis que juguemos.

—¿Por qué?

—Por los pasajeros; los pasajeros estaban sentados, tomando cerveza.

—Aquí es, dijo de súbito y se alejaba.

—Espera, no te vayas.

—No, yo me voy ¿y si sabe don Luis?

—No tengas miedo, espera.

—No, yo me voy.

Y se fué, y nosotros, de nuevo, trataríamos de conseguir pieza.

Llamamos; volvimos a llamar.

—¿Quién es?, gritaron.

—Un viajero.

—¡Espere!

Abrió la puerta. Saludó.

—¿Hay pieza?, preguntamos.

—Sí..., creo que hay; espere, voy a ver.

—Cualquiera es lo mismo; solo o acompañado; aquí o allá.

Nueva incertidumbre. Pensabamos en los bancos de la plaza. Por fortuna era verano.

Volvió con una vela y un manojo de llaves.

—Buen indicio, pensamos.

—Por aquí.

Seguimos por un corredor bajito, oscuro, perfumado. Atravesamos un patio enladrillado, llenos de plantas.

—Aquí está la pieza. Buenas noches.

—Buenas noches.

Las dos de la mañana. Posadas, vista de noche, fué una calle, algunas casas, un cochero, un incidente, una habitación de gnomo.

Posadas, dijimos, debes de tener una grandeza oculta. Impresionas bien al que llega de noche y el que llega de noche, no ve nada.

Nada hemos visto, en verdad. Sólo oímos la ronda

y no obstante te amamos, te sabemos hermosa. ¡Paz, una gran paz, es la noche! Paz de pueblo, paz de campo. Si es agitado el trágico del día, completo es el reposo nocturno. Como en Catamarca, como en La Rioja, la noche es naturaleza, no historia. Vida, sólo de día; descanso, silencio, toda la noche. Vive sólo el que medita; el que fué músculo y el que es coautor de tu comercio, duermen. Vive el que sueña con lejanos paraísos; el que cree haberlos conquistado, duerme. Sólo está despierto el que tiene alma de novio. No importa la prometida. Si es poeta, la novia se llamará Gloria; si romántico, Estrella, Hada, Luz.

La noche es un condensador de energías. Paradas todas las máquinas; cerrados todos los negocios, se abren los grifos del refrigerio corporal y del espíritu. Casa de hechiceras es la noche. Pero estas hechiceras preparan fórmulas sanas. En sus almíreces se muelen yerbas medicinales. Nunca perjudican a nadie; nunca el hechizo es maléfico. Pociones de optimismo elaboran las retortas brujeriles. El nuevo día, parece el amanecer de un sábado judío. Cada madrugada, la ablución en un lago miliunanochesco. De este modo, la tarea ruda, el hombrar bolsas y el hombrar números, no abaten. Con esta fuerza ingente cuenta el progreso económico. Llegarán días mejores; nuevos amaneceres traerán levadura nueva. Posadas comienza a crecer verticalmente. El suceso de aquella noche ocurrió en 1919. Ahora llena claros, más que agranda su perímetro. Ahora oye la voz del mundo utilizando los progresos de la radiote-

lefonía; mañana, el mundo, oirá su voz por medio del teléfono. Veamos ahora, cómo puede influir la siesta, en el ritmo histórico de esta ciudad promesa.

*

* *

La siesta es ocio. Oigase bien, no dijimos reposo. Por el contrario, la siesta es más que nunca dinamismo. Pero otra especie de movimiento. Con este quehacer no se recogerá una espiga ni se llenarán alfolíes. Este quehacer debe estar dedicado pura y enteramente, al espíritu. Este quehacer será producto de las redomas o potes de la farmacia de don Enrique de Villena. Es sabido que del autor del *Arte de trovar* díjose alguna ocasión que era hechicero. Sí, hechicero para los espíritus beatos de su época que entonces la química se estudiaba, más que en los laboratorios, en el vuelo de los buhos. Que entonces, más que la seriedad científica, monopolizaba las tertulias, un cientifismo de mentidero.

Claro que el ocio de la siesta tendrá un perfume de aquellos pomos. Eso, precisamente eso, operará el milagro.

Posadas fué trazada con criterio opuesto. Comenzóse por una muralla. Aquellas piedras fueron traídas de los templos jesuíticos por órdenes de nuevos encomenderos. Mentira la piedra y el mandato, mentira. Con astucias no podía hacerse nada serio ni duradero. Posadas, en vez de tapiales, requería puertas. Si ella era únicamente eso: una puerta. ¿Qué debió estar abierta y permaneció cerrada? Bien, así fué en resumidas cuen-

tas. Ahora, en cambio, no quiere cerrarse ni cuando debe estar sellada. Ahora es punto de partida o de llegada. El puerto, la estación, los caminos, llevan o traen segmentos sociales. Aquel va, pero éste viene. No es mero crecimiento mineralógico; no es mera superposición de capas geológicas. Posadas, si no pauta todo el vivir del Territorio, porque aún carece de varias instituciones de cruce social, se agranda también en espíritu. No es totalmente *polis*, pero es ya en porción valiosa. El teléfono que la une a los pueblos del interior, hace que crezca en el tiempo. Por ahora son consultas jurídicas, médicas o bursátiles. Es cierto; mañana, en cambio, irradiará en múltiples formas. Crece, dijimos, mineralógica y espiritualmente.

La siesta es ocio. Sí, un ocio constructor; una labor de pájaro que descansa cantando, según el verso de Boscán.

Una labor de esta índole anhelamos para tí, ciudad promesa. Esa labor rehará al colono que llegó apresurado a las oficinas o a los bancos.

Más pedagógica no puede ser. En los predios rurales, labor de músculos de acero; en tus clubs, en tus cafés, humo de cigarros, conversaciones. En el campo, seis días bien distribuidos para el trabajo; en la ciudad, domingos para el espíritu.

Es claro, el espíritu requiere teatros, plazas, salones. Con eso aportará Posadas. Allí están sus instituciones: el Club Social, el Círculo de Periodistas, el Centro de

Estudios Pedagógicos, la Sociedad Italiana, la Sociedad Española, la Logia Roque Pérez.

Por ahora no tiene peñas literarias, pero posee 3 diarios. Esperemos, es una capital que no ha cumplido cincuenta años. Confiemos, su juventud es una esperanza.

El ocio de la siesta, que no son las soporíferas horas de la alcoba, reserva a la mujer un papel importante. La mujer no vivirá sólo para el coloquio amoroso. En Posadas la mujer tiene que ser copartícipe de ese dinamismo. Ella pondrá la nota simpática en los campos de deportes; ella moldeará un nuevo patrón para la charla. Podará el adjetivo chabacano lo mismo en las horas del balcón que en las del *living room*. Esta es labor femenina. Sólo con la paciencia y la constancia que la mujer es capaz de poner, podemos caminar a largos pasos. En estas zonas no puede influir eficazmente la acción escolar. Los ojos de una mujer de talento equivalen a la palmeta y al palo de sándalo. Y la sociedad de Posadas requiere ambas cosas. Es una ciudad que tiene a distancia reducida el arrabal, desde donde llega, con asombrosa rapidez, la palabrota que arroja el gañan con la honda de sus pulmones.

Todo esto debe realizar la siesta que es cese del músculo y dinamismo espiritual. Utilizada así la siesta contará luego con el nivel de cultura media que es lógico posea. Todavía el ademán plebeyo llena algunas calles. Todavía el ademán plebeyo se encarama en algunos balcones o se oculta en la sombra de los muros.

JUEVES Y DOMINGOS

Por la calle Colón vamos esta tarde. ¿Cómo es esta calle de tráfico intenso? Esta calle tiene una actividad inusitada; casi todo el movimiento comercial vuélcase por ella. Efectivamente, está menos edificada desde la avenida Mitre hasta Bolívar. En cambio, desde allí, tiene una enorme densidad.

Dos coincidencias anotamos en la calle del gran visionario; están instalados allí los modernos caminos de la palabra: las líneas del telégrafo y del teléfono. Por allí llega la voz del mundo y parte la de esta ciudad. Viendo los postes maltrechos del telégrafo apenas se concibe que crucen por allí fugaces las ilusiones de la novia y escuetas las noticias de los maridos. En cambio los postes colocados por la Compañía Internacional de Teléfonos son reyes de la pesantez. Están hechos para soportar los cotorreos femeninos y la solemnidad de las cotizaciones de la bolsa. Y por cierto que hay buen sentido y lógica; los puntos y las líneas que utilizan en sus transmisiones los aparatos del sistema Morse no necesitan mayor resistencia. El punto casi no tiene ex-

tensión y la línea —se ha dicho— es un punto que vuela.

¿Adónde nos dirigimos por esta calle y en este atardecer primaveral? A la plaza 9 de Julio. Esta plaza llénase, jueves y domingos, de gente moza y andadera. Cientos de vueltas dan las muchachas y los jóvenes. Allí comienzan o continúan los idilios; continúan o comienzan allí los diálogos platónicos con los ojos, aquellos grandes espejos del alma.

Fresca está la tarde. Nosotros caminamos despacio; nada puede apresurar el paso. A otra edad y en otra plaza las cosas ocurrían de otro modo. Corríamos al reloj veinte veces por lo menos y a las agujas no se les antojaba tragar los minutos de la siesta. ¡Qué horas eran aquellas! ¡Ni los versos escritos para la novia hacían andar el reloj! ¡Ni la lectura de las cartas, ni la reconstrucción de la última plática, nada, nada conmovía el indiferentismo solar! Odiábamos nuestra riqueza carlista: tampoco en nuestros dominios poníase el sol.

¡Qué locos son los sueños del amor! Cuando estas páginas sean leídas por nuestros ex alumnos de literatura, maestros casi todos, se harán cruces de tanta alharaca didáctica y de tanta monserga marcoaureliana. Pero cortemos las alas a esta golondrina de los sueños y lleguemos a la plaza 9 de Julio.

Antes de ocupar algún banco transitemos, nosotros también, por las Avenidas.

Esto resulta un suplicio; esto de sacarse y ponerse el sombrero cien veces en menos de diez minutos parece

labor de autómata o de payaso. Mentira: no es suplicio; es tarea gratísima. Aquí saludamos a Hilda; más allá a María Concepción; enseguida a Sara; luego a Dora. Y la lista ocuparía páginas y páginas; y la lista de varones —esto semeja una planilla de promoción de escuela mixta— no ha comenzado. Bien, demos comienzo: Lentini, Weis, Gómez, Olmedo, Rosenstock, Simsollo, Peralta, Arrechea. ¿Son todos? No, quedan los niños: el terror de los vidrios y de los pájaros.

Las avenidas están llenas de gente; se camina con dificultad, y lo peor es que todos los bancos están ocupados y todas las mesas del Tokio, del Internacional, del Guaraní, del Richmond, también lo están. Estos días —jueves y domingos— la banda municipal ejecuta un programa variado. Son los únicos días en que los gorriones de las grandes magnolias de la Gobernación, no les hacen competencia a las máquinas de escribir. Seguramente los gorriones y los empleados públicos son amantes de la música; no estamos seguros, pero, de cualquier manera, lo cierto es que en esas tardes “el músculo duerme” en la Casa de Gobierno.

No ponen un sello característico estas retretas. Posadas es ciudad que no se queda corta en lo que a callejear se refiere. Por lo demás, a la plaza va todo el mundo. Esta sociedad, a medio plasmarse, no distribuye los sitios con acierto pedagógico. Azorín podía considerar el fenómeno como una resultante del “enriquecimiento precipitado”. Y el querido escritor peninsular, tan agudo observador de hormigueros humanos, no se habría

equivocado. El tipo de vida tiene grandes oscilaciones en Posadas y en todo el Territorio de Misiones. Por sobre el nivel de la línea normal se encuentra en muchos sectores y, debido a este hecho, encuéntrase, al mismo tiempo, a un nivel muy bajo en otros. Carece de equilibrio la vida. Piérdese la necesaria comprobación muchas veces. Y esto es malo; en la sociedad debemos desempeñar siempre nuestro papel, con justeza de balanza de boticario. A la sociedad le hace falta dosificar los ingredientes con tino y pulso certero. Debido a que no cumplimos bien estas funciones, el organismo social requiere genioles y cafiaspirinas a granel.

Es casi noche. La gran sala de fiestas —¿no es eso una plaza de provincia?— agrupa a las personas según sus características. En uno de los bancos habla una pareja tan en voz baja que ellos mismos no se oyen. Para saber qué es lo que ha dicho el joven, la muchacha acerca la oreja a los labios del nuevo Valentino. Como en la pantalla pasan algunas escenas con liberalidades inglesas y secuelas criollas.

Es casi noche; abandonamos el banco ocupado; caminamos, nueva vez, por las avenidas. Mucha gente se retiró ya; quedan los estudiantes del Colegio Nacional y de la Escuela Normal y grupos aislados de hombres. Pocos, muy pocos, matrimonios. En Posadas, ni en muchas otras partes, los esposos tienen la buena costumbre de acompañar por largo rato a las señoras. Las señoras deben quedar en el hogar, como si no les asistiera

otro derecho, en esta hora de tanto *bill* de derecho civil y de tanto aspaviento de derechos políticos.

Los hombres charlan ubicados estratégicamente en las proximidades de los cafés. Se acostumbra —dijimos— colocar mesas en la plaza, dispuestas en forma análoga a las de la Avenida de Mayo. Instalan allí sus campos de observación y atisban a los jóvenes que van y vienen con ese aire de suficiencia de los veinte años.

¿Es casi noche? No, es noche ya. Los bronces de la Iglesia diseminan por toda la ciudad su tañido solemne. Los rezagados arrastran su dispepsia camino del hogar. Van lentamente, para que la cena no resulte agradable, y la esposa guise en su corazón el cansancio del nieto de Tirso.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

DOÑA FELIPA

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.



Un día volvimos a nuestra vida de pensionistas. Como no era en Catamarca ni en San Isidro, la dueña de la casa de pensión no podía ser ni doña Etelvina ni doña Genoveva. Pero ya que las nombramos a estas dos señoras —polvo en el mundo y en el recuerdo aroma de madreselvas— digamos algo de ambas. Doña Etelvina, vivía en la calle Sarmiento; hacíanos madrugar para que asistiéramos en San Francisco a la misa de alba. ¡Rezadora era doña Etelvina! ¿Cómo más? Penumbroso está el ayer. No olvidamos, sin embargo, que doña Etelvina tenía unos ojos de miope en los cuales rondaba la muerte.

Y ¿doña Genoveva? Doña Genoveva, la esposa de don Teodoro Ledesma, era una viejecita suave, pulcra, monjil. ¡Ponía una sombra angélica a nuestros veinte años de comefrailes!

✱

✱ ✱

Sí, un día vivimos en la casa de doña Felipa. La señora nos dió la mejor habitación. Tenía balcón a la calle, reloj de pared, y retratos al lápiz. Si no estamos

equivocados, nuestra cama quedó ubicada entre dos testigos terribles: los retratos de doña Felipa y de don Cesáreo. Nada más incómodo que esa gente que no cierra los ojos jamás, que mira a todas horas, que vela el sueño, que toma el tiempo con paciencia de crucificado. Terribles eran esas cuatro retinas, abiertas permanentemente. Y lo peor del caso era que don Cesáreo no vivía ya en la casa; don Cesáreo, después de algunos meses de cama, de un viajecito precipitado a Buenos Aires, falleció en la habitación del lado. Confesamos que la dulzura de los ojos de hombre bueno de don Cesáreo no nos atemorizaba. Por el contrario, resultaba un confidente muy reservado; un cronista del prado *de bienandanza*; un hilo de unión entre el cielo y la tierra.

Otros ojos eran los inquisidores; esos ojos ratoniles, inquietos, huidizos, eran los de la dueña de casa. Quedo habría sido gran amigo de doña Felipa; Cervantes, también; en cambio a Garcilaso le hubiera parecido antipática. ¿Por qué pensamos esto? Sencillamente porque a Garcilaso no le interesaban problemas de psicología senil. Un joven —Garcilaso murió a los treinta y tres años— enamorado de la vida eclógica, no podía perder tiempo en saber si los precios de la leche habían subido, si los precios de la carne eran los mismos o si la leña se vendía carísima.

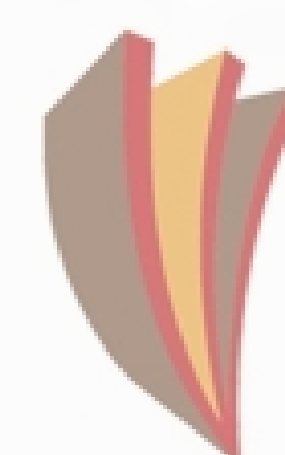
Cervantes, en cambio, era distinto. A él le hubieran agradado esas parlerías; Cervantes —gran traginador de caminos, según Azorín— gustaba de estas cosas. Entretenido hubiera estado largas mañanas oyendo a Susi

tararear una canción porteña y viendo a Antonia fregar los cubiertos. Entretenido, igualmente, oyendo regatear a esta sobrina del gran Tacaño. Las horas correrían provechosas para don Miguel. Doña Felipa hasta proporcionaría tela anchísima para un cuadro ventetril. Nos parece oírlo al esposo de Catalina de Palacios Salazar y Vozmediana dialogando con doña Felipa, sobre menesteres geórgicos. Ella, de hablar puntilloso; él, con ojos acostumbrados a beber lejanías.

*

* *

¿Cuántas veces ha estado en la puerta del zaguán doña Felipa? Por lo menos quince. ¿Y qué hace allí tan de mañana? ¿Sale a mirar la gente, a curiosar? No, va a recibir la leche, a comprar mandioca, lechugas, berros. Todo lo dirige personalmente. Arreglado el precio, hechas con dificultad las sumas del gasto, llama a Antonia para que le alcance la cartera y lleve lo que acaba de mercar. Sus manos apenas tocaron la canasta. Ella sólo se ocupa de los pájaros y del jardín. Pone un celo inusitado en el arreglo de las enredaderas y de los rosales. A las enredaderas las vigila porque fueron plantadas por don Cesáreo. Juntos las vieron crecer y enredarse por las tablillas del corredor. Allí, mientras tomaban mate y calculaban la producción de leche que traerían de la estancia, vivieron los mejores días. Poco tiempo duró la dicha; don Cesáreo cayó en cama un año después. La vida empezó a ser vivida de otro modo.



El marido comenzó a dejarle el gobierno de la estancia y de la venta de carne. En una palabra: comenzó el período preparatorio, es decir, las visperas de la viudez.

—Deje de hablar de esas cosas, don Cesáreo.

—No, Felipa; tienes que estar preparada.

—¿Preparada para qué, don Cesáreo?

—Para todo, Felipa.

El diálogo frío, de jueces en lo civil, no anonadaba los espíritus. Ambos habían luchado con la vida cuerpo a cuerpo y ella seguía llamándolo “don Cesáreo”, con el respeto que imponía el hábito de las campañas argentinas de otrora, cuando el marido era señor feudal.

*

* *

¿Qué hace ahora doña Felipa? Riega los canteros. Y ¡cómo les vuelca el agua!; parece que lava la cara a un niño. La manguera es manejada con delicadeza. Si el agua saliera con presión lastimaría la rosada carne de algunas flores y algunas hojas. Pero ella tiene sumo cuidado de que no ocurra esto. Por eso Antonia y Azucena, no riegan las plantas. Ellas sólo riegan el patio donde doña Felipa se hace servir el mate en las calurosas tardes de verano. Allí, sentada en el sillón de don Cesáreo, haciéndose aire con una pantalla de propaganda o con alguna vieja revista, apura la infusión. Es la sala de recibo: algunas veces la visitan los sobrinos que la asesoran sobre el pago de los nuevos impuestos.

—Yo no entiendo nada, m'hijo. En vida de don Ce-

sáreo sólo pagábamos la contribución y el alumbrado. Ahora hay que llenar estos papeles; no sé si habrá que consultar al abogado.

El sobrino toma la ficha del impuesto a los réditos, la lee y le dice que pedirá informes en el Banco de la Nación.

Doña Felipa lo acaricia; inquiere por el otro sobrino que está estudiando medicina en Buenos Aires; se levanta, corta unas sultanas a medio abrir y se las coloca en el ojal.

Ella no tiene hijos; Azucena es una criada; Antonia es la hija natural de un hermano. La casa tiene pájaros y flores, pero en su viudez hay algo que no cicatrizan flores, pájaros ni gente extraña. ¡Si tuviera un hijo!; si pudiera decir: esto es para tí; esto te dejó el finado. Inútil: al reloj de oro que sigue sin cuerda lo usarán los sobrinos, cualquiera de los tantos que tiene. Sus hermanas no poseen riqueza; sus sobrinos la tendrán. El patrimonio de don Cesáreo será deshecho; el solar será subdividido; los hilos de alambre de púas de las hijuelas achicarán el patio. Ahora todas las casas están unidas. ¿Mañana? Mañana un juez distribuirá el ganado, la tierra, los muebles. Y entonces se habrán arrancado las envejecidas enredaderas y los rosales envejecidos. Ya los canteros no serán regados como ahora si se salvan de la destrucción.

Y no solamente ocurrirá todo esto con la propiedad. Los retratos serán descolgados de las paredes; una nueva mano de pintura pondrá una capa aisladora. Un piano

llenará de voces la sala que permanece con la puerta entornada casi todo el día; aquellas notas alejarán a su chopí y al zorzal. ¡Miedo, mucho miedo tiene doña Felipa! Ya no es prepararse para la viudez; esto es comenzar a alistarse para un largo viaje.

*

* *

¿Qué hace ahora doña Felipa? Tan arreglada, tan nerviosa ¿qué espera? Nos explicamos: faltan algunos minutos para las seis de la tarde y a las seis de la tarde se dirige a la Iglesia. Las pocas cuadras le consumen casi media hora, porque en la esquina charla con doña Rita; en la cuadra siguiente con la señora de Cambas; más allá, con las chicas de López. Y ¿a qué va a la Iglesia? A las reuniones de la Acción Católica. Como es sabido, muy pronto quedará oficializada la asociación. Es decir: realiza un nuevo ejercicio preparatorio. ¡Si tenía razón don Cesáreo cuando le dijera aquella mañana: hay que prepararse para todo, Felipa!

PREGONES

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Comienza a amanecer. El mejor reloj del alba es el carro que cruza por la calle vecina. Esperemos, a las seis, se sentirá el yunque de Sereni, tan puntual como siempre.

El alba es un traje del día: el traje de las labores, del quehacer, de la economía. Por supuesto que a tal traje se lo cambia por la tarde. ¡Qué distinto es en las horas del crepúsculo, cuando se entrega al descanso y a las parlerías femeninas! De tarde el día corre un par de sillas a la acera y empiezan los diálogos azucarados con su prometida. El vivir se espiritualiza; nada de trágicos del *homo aeconomicus*. Alada, la conversación; alado, el ademán; aladas, pregunta y respuesta.

Posadas tiene aspectos diversos cada día y, mejor aún, cada hora. De mañana asegura el bienestar; de mañana recibe el aporte de las colonias y de los alrededores. Azara, Apóstoles, San José le proporcionan gallinas, huevos, maíz de la nueva cosecha; Santa Inés, Mártires, Villa Lanús, leche, sandías, zapallos; Encarnación,

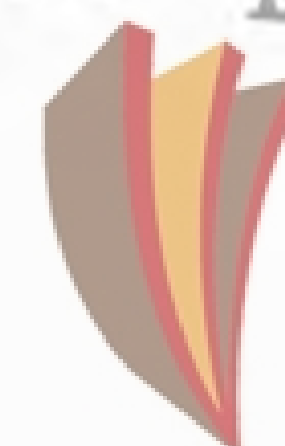
verdura, mandioca, naranjas. Todo lo que necesita para la cocina le llega de sus alrededores. Posadas quiere ser totalmente ciudad: no tiene hortales, no tiene gallineros, no tiene tambos. Posee confiterías, cafés, bancos, escuelas; es cierto, talleres, muchos talleres. El taller es un puente colocado entre el industrialismo y la producción y eso es Posadas: campo que se urbaniza, que se hace civilización, sin haber cortado la raíz que la liga al interior de Misiones.

*

* *

Totalmente despierta está la ciudad; a la basura ya se la llevaron los cuervos higienistas; a las aceras las barrieron dos o tres veces las muchachas; el tráfico da comienzo. Si es un día de tren oyes en distintas direcciones vocear revistas y diarios porteños. Es la hora de los pregones. Y el pregón es un capítulo de psicología; y el pregón no sólo es eso: es también un capítulo de la ciencia social. Por él nos enteramos de algunas relaciones que mantienen los habitantes: relaciones económicas y de lenguaje. El pregón es el alma plebeya de la ciudad; tiene sabor a gleba: a gleba social y agrícola.

Cuando se escucha con viva atención lo que ofrecen los vendedores, nótese una gama desconocida para los espíritus despreocupados. Cada vendedor pone un sello original en la literatura verbal de la vida. El sociólogo, reflexiona; el artista, lleva a las letras o la pintura



aquellos cuadritos geórgicos. Lo más típico queda polarizado, adherido, miniado. Casi queda fijada media vida; casi transparenta los interiores de cada hogar. A los pueblos también se los conoce por lo que consumen; el índice del hogar no está sólo en la sala; el cuarto de baño y la cocina completan el cuadro. Sólo así la apreciación no será equívoca. Un valioso elemento se pone a la vista del observador cuando una canasta está frente a un zaguán o cuando se detiene una jardinera con productos de granja. Si la influencia de la sala traduce el predominio de la mujer y la del escritorio el del varón, puede afirmarse que la influencia de la cocina, señala el espíritu de ambos.

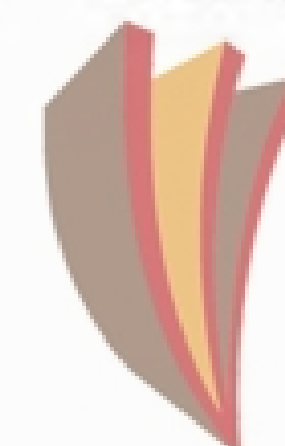
Por supuesto que lo mismo puede decirse de una ciudad. La ciudad es un resultado de lo que en aritmética suele llamarse una operación de mezcla. Son, entonces, los pregones elementos cualitativos. No interesará el "cuanto", pero sí la diversidad de materiales. Ponen, como las fachadas de los edificios, sello característico e individualizador. Para la topografía social resultan más valiosos porque no poseen engañosas capas de convencionalismo. El estómago es el órgano menos diplomático que tiene el cuerpo humano; debido a esta circunstancia casi todos los ministros de relaciones exteriores contemporáneos, son caballeros de estirpe cervantina y por virtud de los ayunos prolongados, fué verdadero embajador de la humanidad, don Quijote de la Mancha.

*

* *

Monótono, suave, miedoso es el vocear de este vendedor. Pensamos en Catamarca; en las calles República y San Martín; en las calles semidesiertas del verano catamarqueño. De niños oíamos ofrecer brevas, uvas, choclos. Venían los vendedores en burritos calmosos, resignados, graduados en filosofía. A veces el pregón sonaba cuadras y cuadras. No vendían nada. Alguna vez la picaresca modificaba la cantinela: se trataba de una negra presumida que vendía uvas blancas y de las otras. Olvidamos: llegaban por el barrio de la Tablada las carretas que proveían de carbón y de leña. Características eran aquellas carretas “lloronas”, conducidas por bueyes tan educados, que a dos por tres se limpiaban las narices con el pañuelo elástico de la boca. Después oímos pregones semejantes en las páginas de Ricardo León. Ya no eran calles catamarqueñas: los vendedores iban por los viales de Alcalá de los Zegríes.

Monótono, uniforme, temeroso es el vocear de este vendedor. Es lógico: a su edad ya no se entra en jaula. Vende lo que sembraron con la mujer y los hijos. Temprano partió de Ojo de Agua; allí don Ignacio les cedió desinteresadamente un pedazo de tierra; su parata produce poco. Poco compran sus clientes; casi toda es gente humilde: una lavandera, la mujer del



herrero, la compañera de José; la viuda de Cleofás; Ruth, la nueva espigadora.

—¿No quiere nada, la patronita?

Ni siquiera contesta la "patronita". Hace una seña con la cabeza y sigue lavando una sábana. Es el vendedor el que resconde; es él quien ha dicho: "hoy no; mañana, sí". Y castiga al jamelgo y se aleja, voceando apenas: ¡mandiooca, repoollos, lechuuugas!

Suave, quejumbroso es el pregón y nueva voz quejumbrosa oímos luego. ¿Qué dice? ¡Banaanas, carboon! Este vendedor es paraguayo. Tiene cincuenta años; acaso más de cincuenta años. Calcular la edad a cierta gente resulta más difícil que ganarle una apuesta a la mujer. Hay gente que oculta los años con una habilidad que la pagarían a precio de oro algunas personas.

—¡Banaanas!... ¡Carboon!, repite de pie sobre su carrito. Viene desde el puerto; llegó temprano a la playa donde atracan las embarcaciones pequeñas; recorrió casi toda la calle Félix de Azara. Vendió o no vendió; y como si cerrara los ojos vuelve a ofrecer: ¡banaanas...! ¡carboon!

Por cierto que los vendedores callejeros no deben ser adultos entrados en años; deben ser muchachos: ellos ponen fuerza y alegría cuando ofrecen. Venden a caballo; venden sin pena y cuando han recorrido algunas cuadras son sus propios compradores. Sacan una naranja y comienzan a chuparla. Es la mejor propa-

ganda; los niños codician las frutas y automáticamente el bolsillo de los padres queda descosido.

Si los niños venden a voz en cuello y los hombres a media voz, hay otras vendedoras silenciosas: son las mujeres. Arrebujadas en un manto negro, a veces con un hijo en los brazos se detienen frente al zaguán. Llaman con miedo; uno o dos golpecitos dan en el llamador. Son el polo opuesto, el reverso de los cobradores; éstos, voraces acridios; aquéllas, humildes empleadas del ministerio de hacienda de los hogares bien administrados. Por ellas se consigue el equilibrio en la balanza de gastos que las langostas se encargaron de perturbar.

El tráfago termina antes de mediodía. Sólo en verano interrumpen los carritos con helados, la tranquilidad claustral de la siesta. Por la tarde nada queda por venderse, salvo uno que otro proveedor de naranjas que se ubican en las vecindades del Café Paulista. La tarde —dijimos— es la hora de las parlerías. Para la tarde, la plaza 9 de Julio; para los pregones, la mañana y todas las calles.

Comienza a hundirse el sol; las aceras de los cafés están llenas de gente; del Paraná sopla un aire suave como el de pausados giros del verso de Rubén. Llena está la plaza; de pronto irrumpe una banda de palomas mensajeras y se oye por todas partes: ¡El Territorio!... ¡La Tarde!... ¡El Territorio!

Son los canillitas; son las alas del periodismo y que más exacto que llamar palomas mensajeras a estos pregoneros de la cultura, de la noticia, de la crónica?

Por aquí y por allá van o vuelven siempre con urgencia. Cuando extienden el brazo —ala abierta— entregan un don precioso.

Apenas se detuvieron: los minutos están contados; si no se llega a tiempo el cliente habrá adquirido a otro el ejemplar. Bajo el frío, bajo la lluvia, vuelan lo mismo estas palomas mensajeras.

¿Oyes? ¡El Te... rri... tooo... rio! ¡La Taar... de! ¡El Te... rri... tooo... rio!

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

LA ESTACION

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

El andén está lleno de gitanos. Es una tarde de domingo. Nosotros vinimos a esperar al sobrino que llegaba de Santo Tomé. La tarde es fría y, no obstante, los hijos de los gitanos juegan en las heladas piedras del piso. Andan descalzos, semidesnudos, huroneando por todas partes. Uno de los pequeños nos pidió un cigarro; otro, una moneda. Luego la madre nos ofreció sus servicios de arúspice. Ignoraba, por supuesto, que nosotros, en “La flecha invisible”, habíamos escrito un poema acerca de las líneas de la mano.

Aquella tarde llegó el tren mixto muy atrasado. Para nosotros resultó venturoso el retardo. Desde luego que la demora obedecía al gran movimiento de descarga en las estaciones de Vuelta del Ombú y Apóstoles y no al deseo de proporcionar motivo para estas páginas. Estas páginas surgen como una resultante de la vida. Nuestros ojos —mariposas inocentes— se posan en el dramatismo de los actos con atenciosa preocupación pero sin intenciones retóricas. Vivimos lisa y llanamente; no somos empleados de museo: vemos, oímos,

sentimos, muy ajenos a las "doctas pesquisas". Goethe lo ha dicho: el que actúa no tiene conciencia; tiene conciencia sólo el que contempla. Es, entonces, con el propósito de no ser inconscientes espectadores que abrimos bien ojos y oídos. Pero esta disquisición ya nos aleja del andén donde los gitanos, en este preciso momento, aseguran las cuerdas de un fardo.

Sí, tuvieron que abrirlo para que los empleados de policía dieran fe de que no ocultaba armas. Como es sabido, los gitanos se dirigen al Brasil y en aquel país hermano sufre su destierro un "lobo" peligroso. Los gitanos podían llevar armas. Es decir, los gitanos podían ser conspiradores. Posiblemente ni la Gitanilla de Cervantes —que no lo era— habríase prestado a tales comisiones. No hay que olvidar: "los gitanos solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones y estudian para ladrones".

A pesar de todo esto, los gitanos tuvieron que atar de nuevo los fardos. Y era de ver los rezongos. Ni en el mundo gitanil ocurren las cosas de otro modo. Ellos, que son el embuste, la picardía, la añagaza, también protestan cuando recaen dudas sobre sus proceder. Siempre el pillo alardeando de santo; siempre la hipocresía con manto de María Santísima. Por dicha, los agentes del orden —del desorden, para los gitanos,— ponían ese gesto de prestado que utilizan los empleados de policía cuando hay público que los observa. Una vez llenado este requisito el corro se deshace y los gitanos

tragan con desgana los últimos reproches y se entregan de nuevo a esperar la partida del tren que ha de conducirlos a Paso de los Libres.

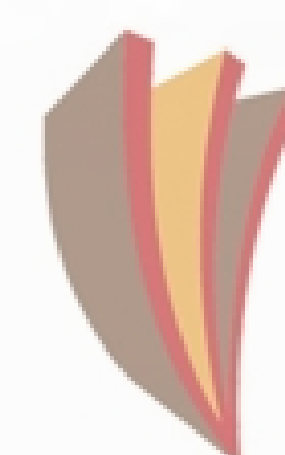
Los gitanos llegaron a la estación a media tarde y el tren debe partir a las diez de la noche. Para ellos es lo mismo; son el movimiento continuo; no pueden anclar en ninguna parte; hijos del judío Ahasvero van, vuelven, siempre con polvo de trajinantes en sus vestidos.

Esa tarde una gitana vieja preparaba la cena en un fogón hecho en las inmediaciones del Depósito de Cargas. Al aire libre, sentada en el suelo hacía hervir agua en un tacho enorme. Nosotros teníamos frío; nosotros pensábamos que podíamos resfriarnos. Ella, envuelta en homérica nube de humo, estaba lo más ufana. Pensamos, nueva vez, en Cervantes; pensamos, luego, en Sigüenza. Ya era noche. Tres horas después se alejarían de Posadas. Posadas no sería para ellos nuestra ciudad promesa. De Posadas sólo recordarían las últimas impresiones: la facha torva de un agente del orden público. Y ellos, serían capaces de todo, menos de conducir armas para un exilado.

*

* *

Queda la estación en los alrededores de la ciudad. Para llegar hasta allí debemos recorrer un sendero frágil si no utilizamos la avenida Madariaga. A nosotros nos deleitan estas callecitas endiabladas; senti-



mos la impresión de que transitamos por comberas de la montaña.

Asperas son las calles; no están arregladas aun. Son caminejos con bordes espinosos; hasta aquí Posadas, es mañana. Más que calles, son futuras calles. Ahora sirven como picadas. Cerca se desgrana un hilo de agua; cerca tiende la ropa una lavandera.

Es un barrio de gente modesta: costureras, planchadoras y una que otra empleada de comercio. Todavía no ha llegado la *radio* ni el piano. El fonógrafo pone un sello rural en este trozo de suburbio.

La estación está vacía; es una mañana en que no parten ni llegan trenes. Percibimos un olor *sui generis*: un olor de estación. Es así, en efecto. Si cada persona —según la aguda observación de Simmel— perfuma la masa de aire que la rodea, cada edificio hace otro tanto. Y de la estación puede decirse que tiene un perfume de equipaje; un perfume compuesto con los ingredientes más diversos, un perfume elaborado en la retorta del vagón que resulta, casi siempre, alquitara pestilente.

En la estación estuvimos de paso; íbamos al ferry-boat. Desde lo alto contemplamos el andén vacío. Nada más impresionante que un andén en estas condiciones. Andén quiere decir bullicio, ruidos de gente, ajetreo nervioso; andén es sinónimo de “lleno”. Es más: andén dice al espíritu dejar o llevar algo. Dice al espíritu: por aquí se parte o por aquí se llega. Y llegar o irse son dos estados especiales. Llegar, a veces, es un enigma y un enigma, a veces, alejarse. Cuando se llega

por vez primera nadie lo sabe. Es triste esta llegada, pero más triste aun, la partida anónima. Partir sin que nadie le diga adiós, ser un bulto, una equis o una etcétera, es doloroso. En la vida hay que ser "alguien", para bien o para mal, pero serlo. Cuando se es "algo" se sabe que no se está donde se estuvo; cuando no se es "nada", se estuvo donde no se estaba.

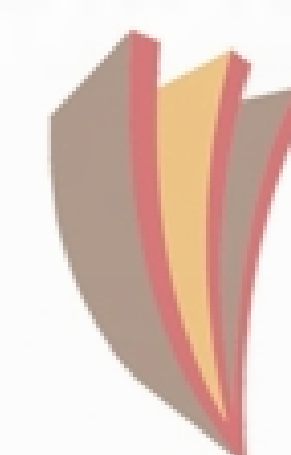
Ya no se divisa el andén; vemos en este instante el agua negra de las proximidades del ferry. A campo traviesa nos dirigimos al puerto. El sobrino que nos acompaña gusta de esta aventura. Para el niño es un veneno la geométrica orientación de las calles. Siéntese un nuevo Balboa o un nuevo Pizarro; sabe que no hay huacas ni que el Pacífico será redescubierto, pero una sensación arcana, misteriosa, sibilina deja el viento que recibe de cara.

*

* *

Puerto y estación tiene la ciudad de Posadas. El aporte humano llega a la capital de Misiones por el río Paraná o por el ferrocarril nordeste argentino. Con el esfuerzo propio y el extraño, Posadas elabora su grandeza. Y la grandeza elaborada es doble grandeza: corpórea y espiritual.

Por ahora, en las inmediaciones de la estación, se observa análogo fenómeno al estudiado en las vecindades del río. Puerto y estación tienen algunas características iguales. El puerto posee muelle y la estación, andén. Muelle y andén desempeñan funciones parecidas.



Posiblemente la estación traduce mayor dinamismo. Para el tiempo escaso, para el viaje rápido, utilízase el tren. En cambio, el barco deja al espíritu sensaciones de otra índole. No sólo proporciona comodidad el viaje por agua. Para la urdimbre del ensueño y para los diálogos platónicos, es único escenario. Muy cerca muestra el paisaje rincones deliciosos. Un fragmento de la naturaleza está siempre al alcance de la mano. El barco es ventana abierta o balcón romántico.

Carece de estos encantos el tren. Tiene sólo una dimensión y la velocidad emborracha a la fronda que se pone a dar vueltas como chiquilla que quiere marearse.

*

* *

Cuando llegamos nos eras desconocida, estación. ¡Qué familiar nos eres hoy! Conocemos todos tus secretos; hemos leído todos los avisos que el comercio coloca sin piedad en la carne de tus paredes. Una noche oíste nuestra palabra. Llegaba una delegación universitaria de Asunción. Más que nosotros, eras tú la que diste la bienvenida. Recordamos bien: el saludo fué pronunciado desde la báscula. ¿Por qué buscamos ese sitio? Pero ¿lo buscamos, en verdad? No, nuestro saludo era el tuyo. Acostumbrada a las barreras de las aduanas, pensaste que el orador podía incurrir en excesos que debían ser anotados para la correspondiente clasificación. Muy prudente, por cierto. El legislador te ha hecho cautelosa y prevenida.

Fuiste punto de llegada. Todavía no podemos olvidarlo. Fué en 1919; veníamos de San Javier; en Apóstoles tomamos el tren; la curiosidad no quedó satisfecha. El viaje nocturno es la cuarta parte de un viaje. Desde Lanús contemplamos la ciudad iluminada y el color lechoso del Paraná. A tí te vimos minutos después. Entonces poseías poca iluminación; acaso tú ni notaste nuestra presencia. En cambio nosotros abrimos, tamaños, los ojos. Y los abrimos así porque no pensamos volverte a ver; porque entendíamos que eras una planchada tendida entre el vagón y la ciudad.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

EL HOMBRE - ARCHIVO

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

No se olvide: esta capital no ha cumplido cincuenta años. Todo es de ayer: todo puede estar contenido en la cabeza de un hombre de buena memoria. Y hombres de buena memoria hay en Posadas. Algunos son abuelos; cuentan a sus nietos la vida de la ciudad y los niños creen que son relatos de las Mil y una noches o fábulas de la familia de Caperucita Roja, Pulgarcito o la Cenicienta.

Los nietos oyen alelados aquellos cuentos. Por supuesto que la imaginación infantil llena una océano con un dedal de agua. Riqueza análoga no es posible encontrar ni en Midas. Los niños convierten en relatos fabulosos —oro, para ellos— todo lo que ven y lo que tocan. De ningún rey supimos que pudiera hacer otro tanto. Por mucho que se bucee en los mitos y las leyendas no se encontrará algo parecido. Y tiene que ser así: leyendas y mitos fueron forjados por niños grandes que se llamaron pueblos primitivos. En cambio los niños de hoy, con la cooperación del cine,

del teatro y del circo, son los verdaderos alfareros de una teogonía y de una mítica superiores a las de los árabes. Muy lógico, por cierto: el mundo de la ficción ha quedado agrandado. Ayer volaban alfombras persas; hoy son poderosos pájaros mecánicos los que se elevan a millares de metros. Ayer se ponían los hombres *botas de siete leguas*; hoy, lanchas y automóviles, superan aquellas jornadas. Las fuerzas de Hércules y de Sansón resultan empequeñecidas por los ángeles del infierno y las escenas de "Sin novedad en el frente". Todo esto acrecentó el acervo imaginativo de la infancia, sin contar las creaciones de Chaplín y los *punchs* de Firpo.

Leyendas parecen a los nietos los relatos de don Leandro; fábulas los episodios históricos con que don Raimundo entretiene a su último vástago; cuentos increíbles, las crónicas con que don Teodoro espolvorea azúcar a su viudez sombría de ochentón. Sin embargo, cuando se espiga en los predios de la historia, aun aplicando el más severo examen crítico, estadísticas, censos, datos oficinescos y notas periodísticas, no lo evidencian así. La vida de Posadas es una verdad que está hecha con ingredientes del más crudo embuste. Grandes y pequeños no creen que la ciudad de hoy pueda tener tales orígenes. Ranchos, convertidos en hermosos edificios de la noche a la mañana, sólo se ve en los diálogos del Fausto. En la geografía resultan mentiras irritantes. No lo son, empero. Como por arte de magia se hizo esta ciudad. Agreguemos: como por arte de magia se rehace.

*

* *

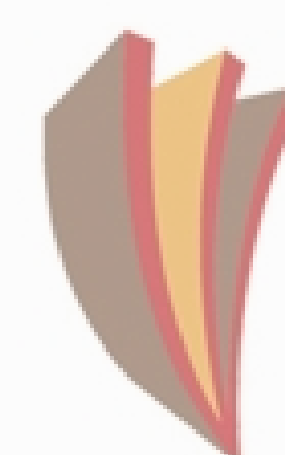
¿Quién es este hombre bajito, de anteojos que se nos acerca? Es don Raimundo; lleva del brazo a Carlitos. Carlitos es el hijo menor que convalece de una añosa dolencia. Con Carlitos realiza largas jornadas madrugueras. El niño, por prescripción facultativa, debe hacer ejercicio, y don Raimundo que es otro niño curioso y que ha recorrido todos los hontanares de la historia lugareña, quiere también huronear por las calles de Posadas. Posiblemente ya no queda nada que no haya sido visto. Llegó a Posadas hace cuarenta años y un temperamento como el suyo no sabe de postas sino de caminos. Parece que no es así, empero; parece que nada fué visto y que todo está por verse. Con su paso menudo sorbe varios kilómetros cada día. A Carlitos le sienta muy bien todo esto y también a él. El médico ha estado doblemente acertado en su diagnosis: formuló una receta saludable para el niño y saludable para el padre. Carlitos llena los ojos con paisaje desconocido; don Raimundo confronta datos estadísticos.

*

* *

—¿Cómo está, don Raimundo? ¿Qué nos cuenta de nuevo? ¿Qué nuevos apuntes ha recogido sobre Posadas?

—Ninguno; todo lo nuevo es viejo; a la historia de Posadas se la conté veinte veces.



—Tal vez; a mí, sin embargo, me parece que no la terminó de contar nunca. Recuerde, hablábamos en la librería; usted interrumpía el relato para atender al cliente que llegaba; a veces, al regreso, la conversación tomaba otro giro.

—Bien; esta ciudad que hoy asombra por su progreso se llamó hasta 1879 Trincheras de San José; ese nombre le dió el gobierno de Corrientes en Abril de 1871. De trincheras no tenía nada, a menos que se considerara como tal el muro mandado levantar por el dictador López.

Un dato le dará, mejor que nada, la pauta de lo que eran las Trincheras de San José. Sabrá...

—Tiene razón, sabré.

...que el primer horno de tejas y ladrillos data de 1872. Con esto ya queda dicho lo que eran aquellas *mansiones* solariegas de la ciudad de Posadas. También se explicará lo que fué su comercio, si recuerda que las mercaderías llegaban por agua hasta Ituzaingó y eran transportadas desde allí, en carretas. Es verdad, otra ruta comercial constituía el ferrocarril nordeste argentino que terminaba en Santo Tomé. A las carretas las reemplazaron en 1870 las mensajerías. ¡Qué progreso, sin duda!

—¿Y el Alto Paraná, don Raimundo?

—El Alto Paraná, amigo Suaiter Martínez, era una finalidad sin fin, como dice Kant de lo bello. La navegación por el Alto Paraná hacíase a remo y botador

hasta 1882, vale decir, durante una década. No se conocían motores; todo era movido a fuerza de puños.

Efectivamente: todo se hizo a fuerza de muñecas. Allí está el mérito: hacer de la nada una ciudad que es la mejor promesa del nordeste argentino. Tiene casi treinta mil almas hoy y su capitalización no ha cumplido cincuenta años.

Don Raimundo nos deja. Con Carlitos del brazo se dirige a una cancha de deportes. El hijo convalesciente, de músculos debilitados, se deleita viendo en el aire la pelota. El no puede jugar; sus ojos y sus gestos tienen una fuerza interior grandísima, pero sus pies no responden a aquella energía.

Lo vemos seguir y nosotros agradecemos al Señor, la dicha de contemplar a las hijas que juegan con agilidad maravillosa.

*

* *

¡La vida de Posadas contenida en el recuerdo! Esto parecerá patraña a los europeos que cuentan por milenios la historia de ciudades y aldeas. Sin embargo, es exacto. La vida de Posadas es brevísima; el tiempo no ha dado madurez a nada. Se están asentando las capas; se transita por los dominios de las crónicas con la ilusión de hacerlo sobre tapices. No hay suficiente pasado; se nota aun las huellas de los tutores. Todo es muy nuevo en esta ciudad. El ayer histórico es la madrugada del día presente, no una unidad de tiempo pa-

sado. Este hecho constituye el mayor elogio y una gran ventaja, ya que "los muertos matan a los vivos" y, sobre todo, ya que "la muerte de lo muerto es la vida".

Posadas no tiene tales problemas. Su fuerza es una fuerza nueva. Todo se hizo sin pactos con los abuelos; todo se hizo hoy y en buen acuerdo con el presente. Se está haciendo pasado, no lo negamos. El estarse haciendo pasado es la afirmación de que todavía no lo es; dejar de crecer es haber ya crecido totalmente; dejar de hacerse pasado es ya serlo. Esto no es posible decir de Posadas; medio siglo de vida en los anales geográficos, es una gota de agua dulce arrojada al océano. ¿Quién la encuentra si hay un loco que la busca? Por donde se la juzgue es ciudad promesa. Si así no fuera, hubiéramos recurrido a los archivos. Tan será nueva que en vez de instituciones públicas tiene archivos humanos. Comprendemos que es urgente establecer una oficina que recoja estos datos. Si es urgente, por dicha, se han escrito algunos libros que constituirán elementos básicos. Allí recurrirán nuestros nietos. Los nietos de hoy oyen sorprendidos y hasta con escepticismo, a don Leandro, a don Jordán, a don Teodoro.

LA NOCHE REDESCUBIERTA

Siete años vivimos en el campo; nuestro campo no fué el de Horacio ni el de fray Luis; nuestro campo no fué el de Teócrito ni el de Hesíodo. Misiones no sabe a geórgicas ni arcadias. Misiones es todo lo contrario, es decir, vida moderna, apresurada, dinámica.

¿Qué hicimos o qué vimos en la tranquilidad del día y en la placidez nocturna?

A la mañana, mientras íbamos a dictar clases en la Escuela Normal, empapábamos el alma en las azules aguas del Paraná. Desde la calle se divisaban las tierras todavía incultas de los alrededores de Posadas; desde la calle columbrábamos paisajes lejanos del solar paraguayo.

Fiesta de los ojos era la jornada diaria y veces hubo que contemplamos la ciudad envuelta en una nube algodonosa de niebla. Aquello no era la capital de Misiones; aquello era una estampa de las *Mil y una noches* vista con ojos de occidental incrédulo.

Mientras nosotros recorriamos el trayecto en automóvil, los vendedores polacos llevaban en sus carros —carros con galgas— maíz, pollos, huevos. Venían de Apóstoles, de Azara, de Las Tunas. Para vender algu-

nas docenas de pollos y unas cuantas bolsas de maíz hicieron veinte leguas. ¿Valía la pena el sacrificio? Para la balanza del hacendista, claro que no. Por el contrario, el negocio arrojaba un saldo desfavorable. Pero no es el hacendista ni el maestro de la ciencia económica, quienes pueden juzgar este fenómeno que regula el intercambio entre las colonias y Posadas.

El colono polaco está identificado con su carro; el carro es también su casa; en el carro vienen la mujer y los hijos. Ni siquiera dejan en el hogar los perros; los perros siguen al carro; caminan bajo su sombra que es, en verdad, protectora.

La tarde —concluido el trajín escolar— destinábase a la observación de menesteres geórgicos. Sí, pero de nuevas geórgicas. No se olvide: Misiones no tiene tierras virgilianas ni hesiódicas. Territorio nuevo, muy mal haría en ponerse a buscar provecho en la gleba de las fragosidades áticas; territorio nuevo, su limo no será tampoco egipcio. Ni esfinges ni cigarras; el treno indígena o la dureza germánica se adueñan del aire.

De este modo, en la andanza crepuscular rumbo a la costa del Paraná, o trapezábamos con una hija autóctona o con un descendiente de Alemania. La primera ganaba el pan, lavando; el segundo, era *chauffeur*; la primera mataba el tiempo con un cigarro en la boca; el segundo, si no conocía algún *lied* de Heine, conservaba en sus ojos, grandezas semiapagadas de Guillermo II.

Nuestra, mejor dicho, argentina, era la tierra. La

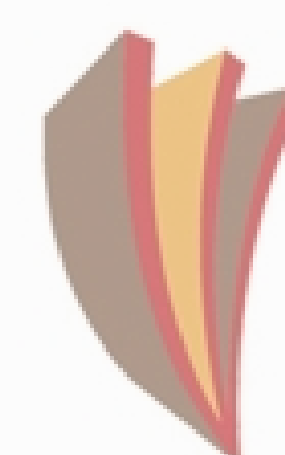
historia o tenía dejes indígenas o mezcla europea. Y eso es en gran parte Misiones: venas argentinas transportando sangre extranjera.

Repartido el día entre las obligaciones de la escuela y la contemplación de la naturaleza, la noche quedaba en su integridad de doncella, totalmente para el espíritu. Las imágenes del día ganaban en objetivación y en tactilidad. En cambio la noche penetraba en nosotros casi exclusivamente por los oídos. Más que los ojos entregaban las bellezas celestes, nuestros oídos. Si vimos el cielo fué para escucharlo; estrellas y constelaciones llegaban en forma de armonía musical; no era la luz, era el ritmo, la melodía lo que captábamos. Ese campo y esas noches se transformaron en versos; si en vez del oído hubieran funcionado los ojos, aquellas noches y ese campo hubieran creado, potencialmente, telas hermosas.

*

* *

La noche en Posadas era en 1925 totalmente naturaleza. Cerraba las puertas de la vida a las diez. Pasada esa hora las calles quedaban desiertas; los cafés no albergaban a veinte personas. Ni siquiera tenía románticos que rondaran balcones soñando en madrigales o elegías; ni siquiera muchachos que sintieran líricos estremecimientos que son anuncios de creaciones poéticas. La noche era, sin duda ninguna, totalmente naturaleza.



En la transformación de la noche que redescubriera nuestro espíritu han influido dos factores: la *radio* y la densidad de la población. La *radio* hizo posible acercar Buenos Aires y Rosario. La *radio* trajo la noticia y dió margen a las veladas familiares para escuchar conciertos sinfónicos y representaciones teatrales. Despertó inquietudes y educó el oído; los conservatorios que hay en Posadas tuvieron en las trasmisiones radiotelefónicas grandes propagandistas. En cada hogar nació la necesidad de que los hijos reemplacen este don de la inteligencia por el del corazón. Se deseaba ver ejecutar, ver aquella sala que no podía apreciarse con los oídos.

Por otra parte, si la trasmisión era un placer, no podía contarse siempre con aquel generador de emociones. La noche tormentosa —precisamente la más apropiada —era de las peores para la *radio*. Las descargas anulaban toda sintonización; se escuchaba mal o no se escuchaba. Y siendo esto irremediable, los hijos debían traer el milagro en sus manos. Y siendo esto irremediable, el conservatorio era la única solución y a él debía recurrirse.

La densidad de la población hizo lo demás. Ya no había que dejar muros entre una y otra casa; había que subdividir la tierra, para edificarla o para que otros la edifiquen. Creció de esta suerte la planta urbana. Se formaron nuevos barrios; se llevó vida adonde la fronda crecía a merced de sus ritmos biológicos. Casas y más casas se levantaron y como no debían estar vacías,

cada familia llevó su idiosincrasia, su “rostro”, su estilo.

Este fenómeno pasó inadvertido para los ejecutores de la obra. En cambio nosotros, que no vimos la ciudad durante 2.500 noches, fuimos sorprendidos por el resultado. Y a ese sello individualizador pudimos descubrirlo por virtud de nuestro alejamiento. Y la noche redescubierta no tiene nada de parecido a la del año 1919 cuando llegamos por vez primera, ni a las de 1923 cuando vivíamos a menos de media cuadra de la plaza 9 de Julio, es decir, en el corazón de la ciudad.

El episodio de nuestra llegada y el redescubrimiento de la noche son los mejores jalones para estudiar la vida de esta ciudad promesa.

A poco más de una década el suceso se convierte en nebulosa. Quien aprecia el dinamismo de hoy, afirma que aquello es un mito literario. Efectivamente tiene razón el que argumenta de ese modo; a nosotros también nos parece nebuloso el episodio. Quince años es cifra reducida para que medie tanto cambio; en quince años no se puede hacer milagros con unidades geográficas; realmente se debe afirmar que aquello fué mito o aquello calumnia.

Ni calumnia ni mito; realidad, descarnada realidad. Lo que sucede es que la capital de Misiones sufrió una transformación enorme. Sus calles y sus centros sociales están llenos de gente. La ley del “vacío” que se estudiaba ayer, debe ser sustituida por el estudio de la

ley del "lleno". Y afirmemos que ni aquélla ni ésta son estables. Se siente un nuevo fermento en Posadas; se escucha un ritmo nuevo. Como si se hubiera tragado un período, la sociedad se afana vacilante. Malo: un grupo social no debe divorciarse con el ayer cuando galantea al mañana. Y eso le ha ocurrido a Posadas: arrojó con demasiada prisa los andadores; arrancó apresuradamente los tutores; quemó, inoportunamente, la carta geográfica.

No importa; tiene una vitalidad sorprendente. Si no fuera así no hubiera hecho lo que ha hecho. Su juventud ya está en camino; celebremos jubilosamente este acontecimiento: Posadas vive una hora en que gobernarán los jóvenes. Mejor dicho: en Posadas comienza a dar normas la juventud. Ya no habrá que buscar la solución en la ley del "ayer" ni en amputar majuelos al "mañana". Este hoy será una trilogía compuesta con ingredientes del ayer, del hoy y del mañana. Como a tal trilogía hay que estudiar este momento. Y para no equivocarse habrá que abrir cauce a los gajos en plena madurez y a los brotes, y suprimir las hojas secas y las ramas sin vida. Compleja será la tarea; tan compleja en política como en literatura. Por algo se dejó ver, en su fugacidad de relámpago, una peña vanguardista. Por algo la mujer va de los campos de deportes a las playas del Rowing; por algo en las tribunas políticas se oyó el verbo de una muchachada que no era instrumento de viejos mercaderes, sino protagonista de un nuevo romancero.

CIUDAD PROMESA

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Siempre se dijo o se mostró de tí lo que eres, ciudad promesa; más aún, hubo vez que se mostró de ti sólo tus miserias: la Bajada Vieja, casuchas de madera, la zona muerta del puerto. Mala jugada, por cierto. Si tienes esas cosas que divulgaron con la fotografía y el relato, muchas otras cosas tienes que no las dijeron ni las mostraron.

Queremos hacerte justicia, ciudad de Posadas; esta vez se dirá lo que has sido, lo que eres y lo que has de ser. Si no te sintiéramos grávida de progreso y de cultura, grave error cometeríamos con la etopeya. Pero, no; tu presente es un futuro promisor. ¡Y es promisor a los cuatro vientos de la vida; tu juventud, una promesa; tus instituciones, promesas; tus escuelas promesas; el balneario, proyecto; el parque República del Paraguay, proyecto; tus aledaños, proyectos. Más que en ser “hoy”, piensas en ser “mañana”, ciudad promesa. Vives eternamente cambiando de fisonomía. Tus casas no se agrandan; tus casas se reconstruyen. El arquitecto

hace los planos para dos edificios; para el de hoy, que es provisional y para el de mañana que será definitivo. Esto engaña a los turistas, pero es forzoso que así sea. Tu táctica es un legado: Colón la puso en práctica ignorando que sería también América una gran promesa.

Verte en la realidad es hacer un juicio equivocado. El plano que contemplamos es el del futuro. Allí tienes todo lo que hoy encarece. ¿No lo ven los demás? Bien, pero de eso no tienes la culpa. A cada uno, según Jesús, se lo juzgará por sus obras. Si son miopes los que te visitan, si no captan el nuevo vivir, ¿qué puedes hacer tú? Es que el problema es aún más grave; muchos de tus hijos tampoco lo ven. Y ellos sí que tienen la obligación de verlo, porque serán los curadores de ese progreso.

¿Que el turista ve poco o nada? ¿Y cuándo el turista no ve poco? ¿Y en dónde el turista es de otro modo? ¿En las cataratas del Iguazú? ¿Crees, ciudad, que en los hermosos saltos obran de manera diferente? Te equivocas; las cataratas a veces son un pretexto. Viajar es más de una ocasión, la única forma de estar ajeno a la vida. Ni la belleza del paisaje, ni la armonía de la música operan el milagro de abrir las puertas del espíritu. La belleza no es una llave. Si así fuera, ¡de cuántas bibliotecas y museos privados no huirían las polillas y el aburrimiento! ¡Si así fuera!... Pero no será, no es posible que sea.

*

* *

Mientras escribimos, la ciudad está arrullada por la lluvia. Posadas, ciudad niña, comienza a cerrar los ojos. El cielo es el amplio mosquitero para su lecho. Así podrá el que hizo tamaña exageración de los *mbariguys*, utilizar la figura como documento para salvar su embuste.

¡Posadas dormida a las nueve de la mañana! Esto es inconcebible. Sólo puede hacer esto una criatura. Y bien, si esta ciudad es eso: una criatura. Su comercio comienza como juguete. Cuatro estantes, un mostrador pequeño, una bolsa de azúcar, cilindros de yerba mate, harina, arroz, etcétera. No, también caramelos, muchos caramelos que son los grandes compañeros de la infancia.

Para el mandato relámpago, los caramelos son alas; para portarse como personas educadas y circunspectas, los caramelos son las mejores reglas de urbanidad. El precio de todo: del quehacer, del no salir, del volver pronto. ¿Nada más? No, algo más: el pasaporte de una confidencia.

Y cosas de criaturas es todo. Un día se dijo: Posadas necesita un gran salón de actos públicos, un Ateneo como quien dice. Y se comenzó a construirlo, ya, ya. Los proyectistas hasta oían las primeras audiciones, las primeras conferencias, los primeros recitales. ¿Y qué fué lo que se hizo primero? Como era dado es-

perar, primeramente se levantó en la imaginación el primer edificio. Para dar las medidas al arquitecto se utilizó el terreno baldío de la biblioteca Sarmiento. El arquitecto presentó el siguiente anteproyecto: una sala de lectura paralela a la que tiene la prestigiosa institución; un saloncito para tomar apuntes, un jardín en el pequeño patio y un *hall*.

La comisión estudió el anteproyecto y de esa sala de lectura, de ese saloncito de apuntes y de ese jardín, se hizo el gran salón que hoy tiene. No podían llevar a término la obra de otro modo. Había que cumplir con dos ritos: con los de hoy, y con los de mañana. Y la biblioteca tiene en 1932 un salón que es cine teatro. Ahora lo administra una empresa privada. ¡Cómo! ¿Y el Ateneo? Sí, pero al salón había que pintarlo, ponerle butacas. La empresa facilitó el dinero. Mañana, esta ciudad que es futuro, habrá resuelto el problema por el camino más corto, y Posadas podrá invitar a los grandes valores de la cultura argentina a que ocupen su tribuna, mientras sus chicos siguen consumiendo millones y millones de caramelos que son millones y millones de esperanzas.

*

* *

Mientras escribimos, un sol de octubre acaba de aparecer. No es posible; si dijimos que llovía. Sí, es posible: Posadas ha despertado. Los niños son así: ¿quién mide el sueño de un niño? A veces las madres que se



alejan en punta de pies, retornan hasta la cuna porque el sueño huyó de los párpados. Así ocurre en esta ocasión; una brisa ligera abrió los ojos y despertó a Posadas.

Despierta la ciudad, comienzan sus actividades; en el puerto barcos o lanchas que llegan o parten; en el "ferryboat", vagones para el Paraguay o del Paraguay; en la estación del F.C.N.E. Argentino trenes de pasajeros y de cargas; en las reparticiones públicas, un airecillo burocrático; en los tribunales, humillos doctoriles; en los Bancos, ajetreo nervioso; en los cafés, la vida desaburriéndose; en las asociaciones culturales y deportivas, un poco de Atenas y un poco de Esparta; en las calles, automóviles, camiones, jardineras, coches que llevan y traen artículos de comercio; en sus plazas... Un paréntesis: en sus plazas, como en las plazas de algunas provincias, mujeres que cuchichean, que pasean, que lucen trajes y belleza. En sus plazas el divino arquero que ensaya puntería sobre corazones femeninos. Un ramillete humano se hace o se deshace en las avenidas de la plaza 9 de Julio. Y a un paso está la estatua de la Libertad, cuyo pedestal es tribuna de patriotismo; y a un paso los canteros, cuya geometría es vigilada por los empleados municipales. Plaza de la juventud es esta plaza. Jueves y domingos se llena de música y de ensueños.

¿Qué más? Las escuelas: cinco mil niños que aprenden jugando, que ponen una nota de optimismo sobre las arrugadas frentes de los hombres. Los niños com-

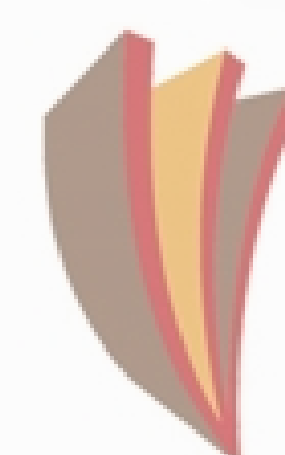
baten la crisis, elevan el precio de la yerba, proporcionan fuerzas de flaquezas. Muchos de ellos conquistan el pan cotidiano, al vocear en las últimas horas de la tarde, los diarios locales.

Eso no es todo: quedan el Colegio Nacional, la Escuela Normal de Maestros, la Escuela de Artes y Oficios y la Escuela de Agricultura. Allí se forja la grandeza futura. De esos bancos saldrán gobernadores, legisladores, magistrados, abogados, ingenieros, maestros, agrónomos, mecánicos. Queda visto: Posadas es una ciudad que sin dejar de ser "ahora", es totalmente "mañana".

*

* *

Se dijo lo que eres, ciudad promesa. Diremos lo que fuiste por los años de la tragedia americana. Como es sabido a tu fundación la presidió la espada. Fuiste Trincheras de San José cuando la incompreensión armó brazos hermanos, en la América del Sur. Vivióse entonces horas de intranquilidad. No contabas con rondas para el orden, contabas con centinelas para dar caza al enemigo. A tu espíritu lo rodrigó el vivac; la población era casi toda soldado. Y tu misión no era ésa; ubicada en la frontera de la patria, debías ser puente. Nacida para impedir la entrada en 1869, eres hoy lo que no pudiste ser en aquellos tiempos. Puente eres, ciudad de Posadas: das la mano al paraguayo que viene a ser coautor de tu grandeza; das la mano al hi-



jo del Brasil que deja su patria a cambio de las garantías que ofrecen las fértiles tierras de Misiones.

Se dijo que eres “ésto”, que fuiste “aquello”. Ya es hora de ser arúspice. Quien ha estudiado las líneas de tu mano en lo pasado y no las ve penumbrosas en este momento, puede hablar de tu destino.

*

* *

Ciudad promesa, tú serás dentro de poco la gran ciudad de la gran provincia de Misiones. Donde estuvo un rancho hay diez casas; ¿por qué no será posible afirmar que donde hay diez casas habrá mañana veinticinco? Donde hubo una casucha hay una hermosa residencia de tres pisos; ¿por qué ha de ser aventurado decir que sobre ese mismo terreno se levantará muy pronto otra de cinco? Donde la piedra y el lodo hacían imposible el tránsito es hoy arteria de gran importancia; ¿por qué no decir que se transformará mañana en asfaltada avenida? ¿Qué era ayer Villa Gutiérrez? Un nombre en el plano; ¿qué es hoy? Un núcleo de más de tres mil personas. ¿Qué eran ayer las chacras ubicadas a corta distancia de las avenidas Corrientes, Roque Pérez, Bartolomé Mitre, Alto Paraná? Monte, picadas que utilizaba el tráfico a caballo. ¿Y ahora? Ahora son barrios que encierran, efectivamente, una gran promesa. Barrios que cuentan ya con iluminación pública y que contarán de inmediato con aguas corrientes.

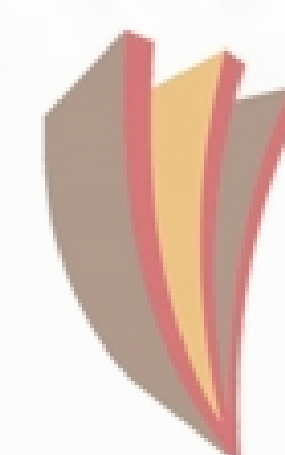


El viajero descubre, junto al ayer cercano que en tí todo es ayer cercano, ciudad de mañana —la huella donde fué trazado a rumbo, el rancho provisional. Algunas de tus calles —la Bolívar, la San Martín, la Félix de Azara— han excedido la jurisdicción del damero urbano. Unas llegan al barrio del batallón 24, otras al del Patoti. ¡Pero si el mismo camino al Zaimán es hoy el mejor testimonio de tu esfuerzo! Si están, en estos momentos, tocándose la casa de tablas con la de material que es establecimiento industrial y residencia. Si la misma “placita” de las vendedoras paraguayas, que ponía su nota ingrata por la promiscuidad y falta de higiene, cuenta hoy con un pedazo reducido. Ubicada en donde se encuentra ahora, a pocos metros del Paraná, en un corte hecho a la roca basáltica, sirve más que como feria, como espuela para los programas edilicios. Util a tí, la comuna debe proporcionarle un sitio adecuado a esa especie de *clearing house* de los presupuestos familiares.

*

* *

Ciudad promesa, poblada por cerca de 30.000 almas, cuando des albergue a 100.000 —que para tal cantidad fuiste trazada— ya no te conoceremos los actuales habitantes. Entonces el nieto pondrá al relato un marco de fábula. Conducido por el hilo de la historia, dirá: “la ciudad que fué Trinchera de San José en 1871; que fué promesa en 1932, es hoy un gran barrio de la ciudad



de Rosario. Sus nuevas plazas enseñan al viajero mármoles nuevos: estatuas de Andresito, del Podre González de Santa Cruz, de Diego de Alvear, de Bonpland, de Azara, del Pioner, del Colono. A su sombra juegan y cantan los niños, mientras por calles y avenidas pasan y pasan ómnibus y tranvías”.

Sobre ese plano, ciudad promesa, pusimos los ojos. No tememos equivocarnos: tú serás lo que entrevieron nuestras retinas abiertas al porvenir, en una mañana lluviosa a ratos y a ratos iluminada por un sol de octubre.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

INDICE

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

	<u>Pág.</u>
El río	11
Una calle	21
La noche y la siesta	31
Jueves y domingos	41
Doña Felipa	49
Pregones	57
La estación	67
El hombre-archivo	77
La noche redescubierta	85
Ciudad promesa	93

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN LA IMPRENTA
MERCATALI, CALLE ACOYTE
271, BUENOS AIRES, EL DÍA
10 DE JULIO DE 1936.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.

Material digitalizado en el marco del Convenio firmado el 5 de Octubre del 2012, entre la Biblioteca Pública De Las Misiones - Centro del Conocimiento y la Biblioteca Popular Posadas, exclusivamente con fines educativos y de investigación.